

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/286397467>

Carlos Castrodeza; inquietud erudita y filosofía de una pieza

Conference Paper · November 2012

DOI: 10.13140/RG.2.1.3538.8244

CITATIONS

0

READS

145

1 author:



Juan Ramon Alvarez

Universidad de León

113 PUBLICATIONS 135 CITATIONS

SEE PROFILE

Some of the authors of this publication are also working on these related projects:



Methodology of science [View project](#)



Filosofía de la biología: estructuras y procesos [View project](#)

CARLOS CASTRODEZA:
INQUIETUD ERUDITA Y FILOSOFÍA DE UNA PIEZA

Juan Ramón Álvarez

Universidad de León

(Publicado en *Actas del I Congreso de la Asociación Iberoamericana de Filosofía de la Biología Valencia* (España) 28-30 de Noviembre de 2012, pp. 382-397. accesible en <http://www.uv.es/fce/aifbi/ACTAS3.pdf>)

1. El amigo

En primer lugar, quiero agradecer a los organizadores del congreso mi presencia en esta mesa en memoria de Carlos Castrodeza. Todos los que aquí participamos hemos conocido a la persona y al filósofo: unos durante muchos años y otros, como yo al menos, en un periodo más breve. Pero esa brevedad fue especialmente entrañable dada su peculiaridad. Parece oportuno decir que en esta época de las llamadas técnicas de la información y la comunicación fue a través del teléfono y el correo electrónico que Carlos y yo entablamos una relación que terminó en una sincera amistad. No es lo habitual. En torno a marzo o abril de 2009 nuestros colegas de la UNED responsables de la revista *Éndoxa* entraron en contacto conmigo para invitarme a preparar en ese año darwiniano un número monográfico de la revista dedicado al gran biólogo británico. Me adelantaron que tenían avanzadas las gestiones con Carlos Castrodeza para que participara en la coordinación del volumen. Carlos era una garantía como especialista en filosofía e historia de la biología, bien conocido y reconocido como estaba para una labor como esa. El solo se bastaba y sobraba para coordinar un volumen sobre Darwin, el darwinismo y los darwinistas. Sin embargo, es razonable pensar que, dado lo avanzado de la fecha, una sola persona se vería en dificultades para sacar adelante el encargo. Aunque no lo conocía personalmente, para mí era una garantía que alguien con

sus conocimientos y su obra fuera compañero de faena en algo que habría que hacer de prisa, pero con cuidado y calidad.

Pues fue así que al cabo de unos pocos días, telefoneé a Carlos a la Universidad de Madrid, me presenté y le dije que había aceptado coordinar con él el número monográfico. Hoy, haciendo memoria, estoy casi seguro de que aquella llamada fue un verdadero hecho consumado que comprometió a Carlos definitivamente. Mi interlocutor resultó una persona sumamente amable y de rápida reacción. Sin colgar el teléfono ya empezamos a ver a quiénes podía cada uno de nosotros solicitar su colaboración en un tiempo tan breve. Apuntamos en principio unos diez cada uno y quedamos en comunicarnos a través del correo electrónico y de ir pensando en tener alguna reunión a lo largo del proceso. Por extraño que pueda parecer, el número salió publicado antes de que Carlos Castrodeza y yo tuviéramos un encuentro personal. Esto ocurrió al año siguiente en una tesis doctoral en San Sebastián, donde se consolidó en presencia una buena amistad que desafortunadamente no ha podido continuar.

2. El filósofo

Pero claro está, la importancia que para mí adquirió la amistad personal debe ceder el lugar aquí a la que a mi juicio tiene la obra de Carlos y su figura académica. Hace unos años, Carles Solá, que fue Rector de la Universidad Autónoma de Barcelona, refiriéndose a cuál debería ser en la universidad la verdadera base de una buena docencia insistió en que, tras darle muchas vueltas al asunto, llegó a concluir que debe serlo la erudición (que ejemplificó con la excelencia académica que en el mundo anglosajón denominan *scholarship*). Es éste un tercer elemento a añadir a la investigación y a la docencia como actividades que caracterizan a los profesores destacados. Mi intención en lo que sigue es sostener que la obra de Carlos

Castrodeza es un muy buen ejemplo de erudición y que, además, como filósofo de la ciencia no se limitó al ejercicio más estrecho de esa profesión, sino que a través precisamente de un conocimiento erudito consiguió crear una filosofía muy amplia que, partiendo del conocimiento biológico, supera ese marco integrando en ella la tradición complementaria de las Letras y las Humanidades. Voy a hacer lo posible por no repetir interpretaciones que con mucho fundamento han hecho otros colegas, entre ellos Andrés Moya, en el capítulo titulado “La darwinización del mundo” en su libro *Naturaleza y futuro del hombre* (Madrid, Síntesis, 2011) y Antonio Diéguez en varios lugares, entre otros en su recensión de *La darwinización del mundo* en la revista *Teorema* (XXVIII/2, 2009, pp. 215-221) y en una reciente necrológica. Mi propósito es contribuir al reconocimiento de su obra como una de las más importantes de la filosofía –sin más- contemporánea en lengua española.

Ni siquiera Michael Ruse, a pesar del título de uno de sus libros, se tomó tan en serio el peso histórico, filosófico y, hasta diría, existencial de la obra de Darwin. Y fue precisamente en el desarrollo filosófico de las consecuencias del significado –que él mismo llegó a denominar metafísico- de la concepción de la naturaleza humana anejas a lo que llamó un mundo darwinizado, donde la erudición alimentó la reflexión que unificó la multiplicidad de contenidos culturales que en aquella abundaban. La erudición es algo que, como el movimiento, se demuestra andando. Precisamente, la andadura intelectual de Castrodeza, tanto en sus obras de investigación histórica (por ejemplo, *Teoría histórica de la selección natural*, Madrid, Alhambra, 1988) como en las que podemos considerar la exposición sistemática su filosofía –en concreto la trilogía *Razón biológica* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2011² [1999]), *Nihilismo y supervivencia* (Madrid, Trotta, 2007) y *La darwinización del mundo* (Barcelona, Herder, 2009), a la que habría de seguir un libro sobre estética, más un volumen proyectado de metafísica a

los que me referiré más adelante- es una exhibición constante de un saber vastísimo en historia de la ciencia, la filosofía, la antropología, la sociología, la historia general e, incluso, la teología. Pero esa erudición está traída a colación por una inquietud teórica que aspira a desarrollar un pensamiento filosófico no especulativo, sino histórica y filológicamente justificado sobre las bases naturalistas que sirven para extraer las últimas consecuencias filosóficas –metafísicas incluso- a que nos conducen los conocimientos biológicos actuales sobre nuestra naturaleza. Porque, como escribía Carlos en la “Introducción” al volumen que coordinamos:

[...] la naturaleza humana es el tema central desde siempre, y especialmente desde la proyección darwiniana todo gira en torno a la misma [...] Este marco se denomina asimismo marco naturalista porque todo llegaría a ser parte natural de lo que es, es decir, en clave heideggeriana, una historia natural del ser. La problemático es cómo se incorpora el comportamiento humano individual y colectivo –es decir el comportamiento cultural- a esa historia natural [...] (Álvarez y Castrodeza, *Éndoxa*, 24, 2010, 13).

El proyecto filosófico de Castrodeza es la propuesta de incorporar todo el comportamiento cultural en una historia natural del ser. El contenido de esa historia tiene que proporcionar la erudición y el sentido de esa historia –y llegado el caso su sinsentido- una filosofía unitaria. Con esos mimbres tejió Castrodeza su cesta filosófica.

En sus *Principios metafísicos de la ciencia de la naturaleza* se refería a Kant al sentido formal del concepto de naturaleza como “el primer principio interno de todo lo que pertenece a la existencia de una cosa” (1786, ed. Ak. Berlín, vol. IV, Berlín, Reimer, 467.). Distinta de la *naturaleza* de una cosa es su esencia, entendida como “el primer principio interno que pertenece a la *posibilidad*” de la misma. Las figuras geométricas, añade, tienen esencia, pero no naturaleza, porque en ellas no se piensa nada que se refiera a una existencia. La distinción está dibujada en la perspectiva trascendental, pero desde Konrad Lorenz estamos acostumbrados a leer de forma naturalista a Kant y aquí podemos volver a intentarlo.

Antes de la evo-devo, el estructuralismo en biología se propuso completar la teoría darwinista de la evolución con una teoría previa de los posibles evolutivos, de las formas posibles de entre las cuales la evolución discurriría con las posibles realizadas: ésta fue la conocida tesis de Jacob sobre la evolución como bricolaje en *Le jeux des possibles* (París, Fayard, 1981). El estructuralismo tuvo versiones más o menos formalistas, pero su idea de un inventario finito de formas orgánicas posibles va asociada a restricciones naturales (físicas, químicas, biológicas) que limitan su número. La evolución “hace lo que puede” (selecciona) con lo que se encuentra, pero no puede encontrarse con cualquier cosa.

Por una parte, las formas posibles tienen esencia y las realizadas naturaleza, pero que tengan esencias como estructuras fijas y discretas características del punto de vista *tipológico* no es compatible con el punto de vista *poblacional* que según Mayr (1988) es el propio de la teoría de la evolución darwiniana. La naturaleza no se añade a la esencia como un plus ontológico en la teoría nominalista de las especies de Darwin para quien era muy difícil distinguir entre especies y variedades muy acusadas. El problema del concepto de naturaleza humana es su carácter difuso, porque no hay detrás un correlato preciso de tipo esencial.

Además, el desarrollo del darwinismo ha ido más lejos que la falta de finalidad darwiniana. Los individuos orgánicos han dejado de ser las unidades de la selección en beneficio de partes o complejos de partes suyas: los replicadores. Si se me permite un giro fregueano, a falta de un concepto preciso de naturaleza humana en defecto de esencia, es decir, el sentido de la expresión, también ocurre que la referencia se pierde, porque ésta se identifica con las nuevas unidades de las que son portadores (vehículos de Dawkins , interactores de Hull) los individuos orgánicos y, en nuestro caso, los sujetos humanos. No es difícil inclinarse por la visión de que somos los vicarios de los

replicadores que portamos y actuamos en beneficio de su supervivencia, más que de la nuestra.

Por otra parte, en un mundo leibniciano los posibles realizados serían selecciones divinas y estarían dotados de finalidad por una razón; en un mundo darwinizado el origen accidental de los posibles realizados no confiere sentido, porque la selección natural es ajena a cualquier finalidad: no estamos en el mundo para nada. Pero tampoco estamos en el mundo para siempre. Dos condiciones darwinianas para la selección natural son la variación y la finitud en los seres vivos: entre inmortales la selección no tiene cabida. Seres para nada y para la muerte unifican planteamientos darwinianos y heideggerianos que conducen al nihilismo en esta historia natural del ser.

Claro está que esto parece un final muy fácil. Lo difícil, repitiendo el texto citado, “[l]o problemático es cómo se incorpora el comportamiento humano individual y colectivo –es decir el comportamiento cultural- a esa historia natural”. Esto sólo sería posible si dispusiéramos de una concepción de la naturaleza humana en la cual existiera una continuidad entre naturaleza y cultura: una conexión en que sin saltos se pasara de una a la otra. De ahí el interés que mostró Castrodeza por todos los intentos en esta dirección, por ejemplo, el de los hermanos Castro (*¿Quién teme a la naturaleza humana?*, Madrid, Tecnos, 2008) con su tesis del *homo suadens* y el aprendizaje *assessor*.

Puesto que, aunque su origen no confiera sentido a los productos de la naturaleza, el comportamiento cultural se produce precisamente sobre la base de que la acción humana tiene, en principio, sentido, aunque a veces sea contrario o ajeno al que en primera instancia parece. Pulsiones del inconsciente, falsa conciencia, etc. no obstan a que, aún en el engaño y la ilusión, el contrasentido del sentido aparente no suprima,

reduciéndolo a nada, a este último en una variante más de eliminativismo, más pretendido que real. Los productos culturales de la acción humana, constituida en buena clave naturalista darwiniana por un conjunto de estrategias de supervivencia vicarias con sentidos provisionales y cambiantes, favorables y desfavorables, incluyendo entre ellos los sistemas del mundo elaborados a lo largo de la historia, han de ser incorporados y entendidos en términos de una metafísica naturalista consecuente con la biología de la naturaleza humana. La palabra “metafísica”, que tantas urticarias ha producido en muchos filósofos de la ciencia, no produjo en Castrodeza ninguna alergia de consideración. Por el contrario, el 13 de agosto de 2009, reciente aún la publicación de *La darwinización del mundo*, me escribía lo siguiente:

[...] a ver... si me meto, ya como obra casi póstuma, en un tratado de metafísica post-darwiniana por lo menos a beneficio de inventario. (Comunicación personal).

Desgraciadamente no conozco ese aludido tratado de metafísica, ni siquiera sé si está escrito en todo o en parte. Tampoco sé ni si, ni cómo, la expresión “ metafísica post-darwiniana” podría apuntar a un paso más allá de la darwinización del mundo y de la metafísica darwiniana en cuyo marco proporciona Castrodeza una interpretación de la historia. De hecho, en la “palabra preliminar” a la segunda edición de *Razón biológica*, escrita una año después, nada se dice al respecto y si a un futuro cuarto volumen, dedicado a la estética, que completaría una tetralogía que habría de titularse *Los caminos profundos de la Biología* (Cf. Castrodeza, 2011², 13).

Permítanme una breve reflexión final. La erudición no admite resúmenes y la envoltura filosófica de la misma reiterativamente ejecutada confiere a la obra de Castrodeza una vocación de exhaustividad difícilmente igualable. Una erudición más para el disfrute que para el aprendizaje y una filosofía más problemática que doctrinaria

habrían tenido una difusión acorde a su importancia en una industria cultural más potente que la nuestra. Pero nuestra es la obra que nos deja.